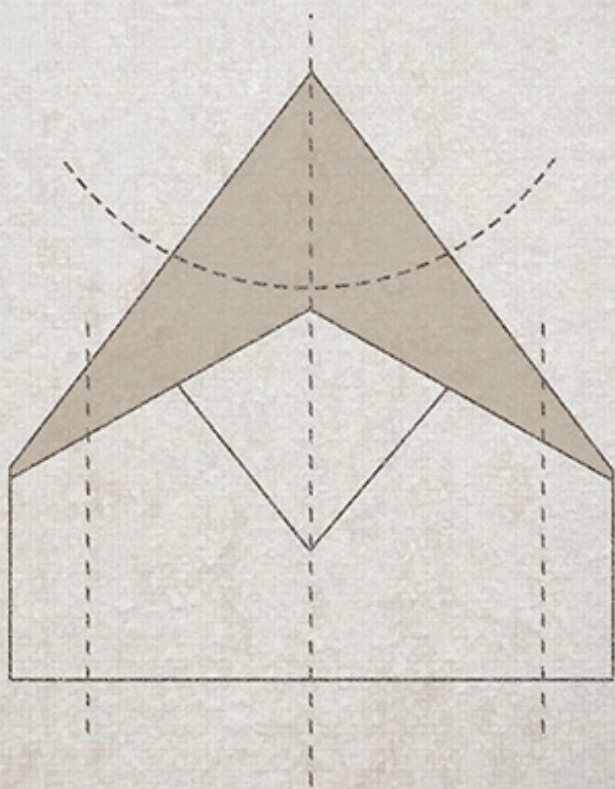


origami

aviones blancos, pájaros negros



Carlos Torrero

Origami

Un cuento de invierno

Carlos Torrero



Título original: *Origami*

Carlos Torrero Saiz

Diseño de portada: Literanda

© *Carlos Torrero Saiz*

© de la presente edición: Literanda, 2016

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

«Vivo de los destellos, esas gracias verbales sin radios, que se posan en el papel como epitafios pájaros de celulosa ligera que lluvia y palabras de más aglutinan como nada.»

Abelardo Rodríguez Mora

Prólogo

Mario, nuestro héroe, está quemado, dolido, medicado... Su patria era Ana y ella murió. Él todavía no. El viaje de nuestro héroe será el de volver a la vida. Para eso tendrá que vencer varias pruebas. La primera y más difícil: salir de su cuarto.

Los héroes de hoy ya no atraviesan mares, ni enfrentan tormentas demenciales. Los héroes de hoy batallan como pueden contra su aislamiento. Están solos y sabemos que solos... es mal acompañados. Las leyes que gobiernan sus actos son arbitrarias, caprichosas, inflexibles. Torrero describe la primera ley que rige el destino de Mario, «el principio impepinable de insatisfacción constante». Le sigue, a mi entender, una intolerancia a la vida y sus frustraciones, la necesidad extrema de ajustar cuentas y la certificación plena de que, entre nosotros, la única ley universal es la del malentendido.

La irrupción de un origami puede cambiarlo todo. La papiroflexia u origami es «el arte de doblar papel». Papel, me recuerda a los *kindle*, a las cartas, a la serie *The office*, a los mensajes dentro de botellas. A la manufactura de una escritura. A ese objeto tan único que durante siglos nos dio alas. Y a este presente sin rumbo, donde lo que había parece ido y lo que llega aún no trae nada que no tenga fecha pronta de caducidad.

Mario conocerá a María. Con ella recuperará la conversación. Mario y María podrían ser felices. «Al fin y al cabo sólo los distanciaba una vocal». Junto a ella recuperará la voz, el olfato, los sabores. Para ser plenos tendrán que resolver un enigma. El de los origamis.

Resolverlos es un acto de justicia. Un ajuste de cuentas. Una vida menos. Una vida más.

«Te debo una comida si adivinas el final de la historia y quién está detrás de esos aviones/carta», me escribió Carlos Torrero cuando me envió su texto.

Todos sabemos que una comida es una oferta difícil de recusar.
Y resolver enigmas literarios, aún más. Yo no lo logré.

Espero que tú, lector, tengas mejor suerte.

Vale la pena intentarlo.

Eduardo Milewicz

Director de cine y TV, guionista, escritor, pedagogo y entrenador actoral.

Río de Janeiro, 1 de noviembre de 2015

Aunque se supone que aquella noche debía morir, por alguna extraña razón, volvió a salvar la vida. Mario siempre había tenido una idea muy romántica de la muerte, seducido por ese maldito *Efecto Werther* que a buen seguro contrajo en su juventud, devorando novelas cuyos protagonistas, jóvenes atormentados, de temperamento sensible y apasionado, se borraban del mapa con balas, cuerdas, cuchillos o espadas. Y lo ocurrido, la citada noche, constituía su tercer gatillazo en lo que llevaba de año.

En efecto, suicidarse es el más valiente y cobarde gesto de rebeldía. Sin embargo, cabe pensar que, independientemente de lo que te empuje a ello, hace falta ser muy perdedor, para querer matarse y no conseguirlo.

Su psicólogo, un argentino engreído y arrogante (habrá quien piense: ¡valga la redundancia!), había dado la batalla por perdida conforme a su calidad de amigo con limitaciones. Su consulta, minimalista en soluciones y mobiliario, era el claro resultado del buen trabajo que habían realizado los creativos publicitarios en las campañas de Ikea. El único fallo de *raccord*, por decirlo en términos cinematográficos, era un gran baúl de mimbre blanco y un diván de cuero viejo, verde musgo, de tacto insuperable, espectáculo para unos pocos.

Una estantería de obra cruzaba toda la pared con algunos libros, pocos, *best sellers* del momento y cuyas carátulas hacían juego con las infames cortinas. Mario siempre odió aquellas cortinas.

Mario había renunciado a vivir. No sólo por buscar la muerte sino por vivir como lo hacía.

Nada en la nevera. Nadie a quién buscar. Nada en la cartera. Nadie a quién esperar.

No siempre fue así.

2

A cámara lenta. Una habitación. Amanece. Los primeros rayos de luz tropiezan con la persiana, sólo uno de ellos, el más afortunado, consigue fecundar. Oímos lejanas las primeras notas de la versión *Knocking on Heaven's door* de Antony and the Johnsons, se mezclan con el olor a café, regalo que proviene de la casa de al lado. En la cama, una pareja duerme espalda con espalda. Él se despierta, abre los ojos, suavemente se despereza, lentamente se da la vuelta, le acaricia el pelo, la mira, le coge la mano. De repente, su expresión cambia drásticamente, algo va mal. Tiene la mano fría, la coge entre sus brazos, la zarandea, los párpados se le mueven a su antojo como un juguete roto, no se despierta. Ha muerto mientras dormían. Nadie sabe cómo, por qué. Pero está muerta. No puede ser, la estruja entre sus brazos, la besa, se aferra a ella entre gritos y lágrimas. Una tragedia. La mayor de las injusticias.

Es así como Mario se derrumbó. En un segundo perdió a su mujer y a su futura hija; en algo más perdió su trabajo y la voz.

Atrás quedó la confianza con la que galopaba siempre, especialmente cuando se situaba frente a la máquina de escribir, recuerdo un artículo, a propósito de uno de sus viajes, decía así:

Mientras coso ciudades con hilo azul, grito a los que no han crecido en mi jardín, que me gusta que me duren los amigos muchos años, que me gusta la sonrisa de Ana, las calles de Madrid de ida y vuelta, regalar un gesto, una imagen, descubrir sitios raros, mágicos... y arrinconar el otoño y perseguir el verano y llevarme la playa al hombro dentro de un saco y creer que todo puede pasar y querer cambiar el mundo y soñar, seguir soñando.

En mi maleta siempre llevo 7 calzoncillos, 1 objeto inútil, 3 pantalones, 0 llamadas, 9 conversaciones, 5 besos, 2 bostezos y un avión de papel por lo que pueda o no pasar, nunca se sabe. Y debo reconocer que cuando paso por Madrid hay algo que me retiene, acaso algunos días más de lo que debiera pero... quién quiere hacer lo que se debe... y el ruido, el tráfico, las aglomeraciones, la soledad, la contaminación, los atentados, el frío, el calor, las estrellas invisibles es lo de menos cuando puedes desayunar un chocolate con churros en una calle sin nombre o comerte un bocadillo de calamares en la plaza mayor o tomarte unas tapas en un bar inundado de serrín o tomarte un café junto a Federico Luppi sin él saberlo o chocarte con la gente por la Gran Vía porque la lluvia de neón te ha cegado...o...o...o...

Una vez me contaron en Londres la historia de un indigente loco que iba gritando a todo el que se le cruzaba: «¡Soy yo, soy yo, nos vemos en Madrid!» y era al caer la noche cuando los gritos se apoderaban de las calles vacías. Por lo visto cuando era joven había trabajado en una floristería de Madrid cuyo sueldo sólo le permitía hacer una comida al día, como los perros. Se encargaba de redactar los mensajes a aquellos que por falta de tiempo o sensibilidad no escribían nada en las tarjetas que acompañaban a los ramos de flores que enviaban. Según parece las dedicatorias eran de una belleza sublime y firmaba siempre con el pseudónimo «nos vemos en Madrid». Según me contaron, antes de volverse loco, confesó que su gran musa, fuente de inspiración continua, era la ciudad de Madrid y que a ella debía todas esas letras que tan feliz hacía a los destinatarios de las flores. Aún hoy cuando cierro los ojos, me parece oír el eco de esos gritos y, francamente, es una

historia en la que no me cuesta creer. Cada uno cree lo que necesita.

Yo, por mi parte, mientras coso ciudades con hilo azul pienso seguir gritando a los que no crecieron en mi jardín, que me gusta Madrid y los perdedores locos.

3

Mario siempre quiso ser escritor aunque no un juntaletras corriente,

—¡Yo no beberé *whiskey* ni fumaré tabaco de liar, y nada de americanas de pana! —se juraba cuando era pequeño.

Mario era una de esas personas que saluda sin hache, de esas que cuando te saludan te transmiten una profunda y positiva calma, como lo hacen las olas del mar un instante antes de que amanezca.

Pero Mario ahora no es. Ni está.

4

La casa de Mario era una pensión de mala muerte que ni el indigente más castigado podría soportar. En efecto, apenas se veía el suelo y en su habitación había abundantes restos de comida conservada, ropa sucia, podrida. Con todo, los olores de él y los de la estancia en sí no entraban en conflicto.

La habitación contaba con una generosa ventana, único contacto con el exterior, cuya persiana, por deseo expreso de Mario, siempre permanecía bajada. Por tanto, los únicos rayos de luz natural entraban arrastrándose por el minúsculo hueco que quedaba entre el final de la persiana y la cornisa. Al ser de madera, se había dilatado por el agua de las lluvias y no encajaba bien. Tres centímetros para la esperanza.

Mario vivía en una finca vieja, de pisos viejos y viejos vecinos, concretamente en el 2.º B, hacía pocos meses que se había trasladado a vivir en ella una nueva y joven inquilina de curvas apetecibles y sonrisa fácil, concretamente en el 3.º B. María podría untarle las tostadas de mantequilla como a él le gustaba, podrían llegar a ser felices, pero ellos no lo sabían.

Aunque se supone que aquella noche debía morir, sólo por una razón, salvó la vida. Mario había estado toda la tarde preparando y revisando minuciosamente su plan, incluso había hecho una especie de ensayo general. Sin aplausos. Todo estaba listo y en su sitio.

Áquella iba a ser la definitiva, nada podía fallar. Se encontraba nervioso y con la adrenalina propia de los instantes previos a un estreno teatral. Las manos le sudaban cuando de repente una ráfaga de aire frío le acarició la nuca, fue entonces cuando uno de sus ojos, concretamente el derecho, vio algo en el centro de la habitación que distrajo su atención suicida. Bien podría haber sido una serpiente o cualquier otro bicho que, a tenor de las condiciones, muy favorables para crecer y reproducirse en aquel entorno, hubiese por fin tenido la generosidad de dejarse ver. Pero no. Parecía un avión de papel.

Un inofensivo, solitario y misterioso avión de papel. Lo inexplicable era cómo había llegado hasta allí. Su ojo, en este caso el izquierdo, en seguida diseccionó el hueco de la persiana. No, imposible que hubiera entrado por ahí. Mario se agachó levemente, lo cogió entre las manos y lo examinó como si de un cubo de Rubik se tratase. Un avión de papel terciopelo, blanco marfil, de tacto insuperable, espectáculo para unos pocos.

Mario no estaba para retos intelectuales y su estado de ánimo era tan bajo que ni siquiera sintió la necesidad de desvelar aquella insignificante incógnita. Tenía mejores cosas que hacer. Por ejemplo, matarse, pero ya se había hecho tarde, mejor dormir un rato. Se tomó de golpe los tranquilizantes sin la ayuda de ningún líquido y con las últimas energías que le quedaban rompió el avión en tres mil pedazos, que volaron por toda la habitación como confeti. Segundos después se metió entre las sábanas. El sueño aún no se había apoderado de Mario cuando seguían lloviendo trozos de papel, trozos que seguro habían sido algo anteriormente, apenas un rato en una tarde de invierno, juego de niños.

5

A la mañana siguiente un escalofrío, como siempre, Mario buscando a Ana, como siempre y ninguna razón para levantarse, como siempre. Sin embargo sí la había. Mario la descubrió cuando su vejiga le obligó a saltar de la cama. Otras veces, se lo había pedido amablemente y con un trato exquisito, como cuando se pide dinero, pero ante la negativa, tuvo que optar por el despotismo más ilustrado. Cuál fue la sorpresa de Mario cuando vio en el centro de la habitación otro avión de papel. Si no era el mismo que el de la noche anterior era muy similar. ¿Cómo podía ser? No fue hasta después de ir al baño cuando le dedicó el tiempo que merecía semejante hallazgo. Le hubiese esperado el mismo destino que a su predecesor si no fuese porque en la cabeza de Mario ya empezaba a dispararse la sospecha de que algún mocoso se estuviese divirtiendo a su costa. Así que esta vez se sentó ante su viejo pupitre, encendió el flexo, retiró un par de animales muertos, cogió el avión entre las manos y esta vez lo examinó como si de una hamburguesa de McDonald's se tratase. Al verlo a contraluz le pareció ver en uno de los bordes restos de tinta negra. En efecto, al deshacer el avión pudo ver cómo el papel llevaba algo escrito a mano, diría que con pluma. La caligrafía, de unos trazos soberbios, era realmente bella. Una lluvia de corcheas se deslizó por la mejilla de Mario, no porque no pudiese soportar tanta belleza sino por el contenido de lo que, enseguida descubrió, era un mensaje, papel mojado:

Pero soy así, decisiones rápidas,

¿te imaginas...yo en bicicleta por una ciudad minúscula de Holanda?

El día que seamos honestos, nos quedaremos callados...

Tú ya lo has hecho.

Ya me contarás, ya te contaré.

Los demás no sufren porque nunca quisieron cambiar el mundo.

Querer cambiar el mundo, pensar que todo puede pasar, tratar de convertir lo malo en bueno, creer que aún es posible vivir la vida que en teoría te tocaba vivir.

Una inevitable tormenta de preguntas y respuestas le atravesó el cráneo hasta que consiguió aturdirle. Las cinco uves dobles del viejo periodismo, se le agolpaban, desesperadas, como si de rebajas se tratase, a las puertas de su delicado sistema neuronal mientras la hache, si bien más rezagada, el cómo, no dejaba de tener presencia.

En cualquier otra vida, lo sucedido, no hubiese pasado del esbozo de una sonrisa que a lo sumo se hubiese convertido en una conversación de ascensor, pero para el pobre Mario, por raro que parezca, se convirtió en una razón para vivir, necesitaba desvelar aquel misterio.